



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 13642

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
En la PENINSULA: Un mes, 1'50 pta.—Tres meses, 4'50 id.—EXTRANJERO: Tres meses, 10 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 15 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24

MARTES 14 DE ENERO DE 1908

CONDICIONES
El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Correspondientes en París: Mr. A. Lorette, 14, rue Rougemont; Mr. J. Jones, 21, Faubourg Montmartre.

LA SUPREMACIA MARÍTIMA Y COMERCIAL

De día en día los pueblos productores comprenden que su primera preocupación debe ser buscar por sí mismos, en la medida de lo posible sin intermediarios, mercados para sus productos en los países de Ultramar.

Esta consideración les lleva, naturalmente, a dirigir sus miras al fomento y prosperidad de la Marina comercial. Echando una ojeada sobre la rivalidad económica de las naciones, y si se las considera en esa especie de asalto que hacen al Mercado mundial, veremos que todos sus esfuerzos se dirigen a un objetivo, el de facilitar los transportes por mar, acelerando las expediciones, disminuyendo los fletes, desarrollando la industria tan necesaria como lucrativa, del tráfico marítimo, esto es, de la Marina mercante.

Lo que más llama la atención en este concepto es la decisión firme de los Estados Unidos, de sacudir por todos los medios, respecto al tráfico marítimo, la tutela británica.

No hace mucho el presidente Roosevelt dió forma a ese deseo, y después lo ha ratificado preparando en Washington, todo un programa naval, cuya realización, dado el temperamento americano, no tardará en realizarse.

La República estrellada es, un país de una productividad intensa y variada, hasta el punto, que muy bien puede decirse que lo cultiva y lo fabrica todo.

Hasta ahora era tributario de Inglaterra para sus transportes marítimos, pero toda su actual preocupación consiste en reservar los millones que destinaba anualmente a satisfacer esa necesidad con el objeto de impulsar su flota mercante para que ésta pueda satisfacer por completo sin necesidad de los ingleses a todas las exigencias del inmenso tráfico marítimo norteamericano.

Por su parte los alemanes procuran sacar partido de las menores modificaciones en el tráfico marítimo y no descuidan ninguna ocasión para ensanchar su campo ó esfera de acción en la conquista del mar.

A eso obedece el que las Compañías de navegación de Bremen y Hamburgo se deciden á tomar una parte más activa en el tráfico trasatlántico.

Vemos, pues, que los productores se preocupan del mar, consistiendo el tráfico marítimo en manantial de prosperidad y de vida.

Para Inglaterra el problema ofrece un aspecto distinto, pero es porque lejos de necesitar crear vías de transporte para las necesidades de su comercio, el Reino Unido es un verdadero y colosal armador, que tiene sus clientes en todas las partes del mundo.

Esa situación privilegiada no experimenta el menor contratiempo, como lo demuestra el hecho de que en 1906, los astilleros ingleses lanzaron 866 buques mercantes con una capacidad en junto de 1.828.343 toneladas, lo que representa cerca del 63 por 100 de la construcción de los Estados Unidos que es el país que hace mayor competencia comercial á Inglaterra.

Casi todos esos barcos se destinan al tráfico marítimo y por eso la situación marítima y comercial de la Gran Bretaña, no sólo es gigantesca, sino inexpugnable.

PAGINAS LITERARIAS

MI PRIMER DISPARO

Hablábamos del efecto que debe producir en la guerra matar ó herir á un hombre de un balazo.

Entonces mi amigo frunció tristemente las cejas, como si recordara alguna aventura dolorosa, y dijo:

Por mi parte, lo recordaré siempre. Fué en 28 de Agosto de 1870, en un reconocimiento; el primer soldado alemán que ví, hufa ante nosotros; le apunté, disparé y aquel hombre, herido en los riñones, alzó los brazos, abandonó el fusil y cayó de bruces.

Mi corazón palpó violentamente. Permaneció inmóvil, atontado, con la mirada fija á lo lejos en aquel hombre que había derribado.

Detrás de mí, una voz exclamó: «Bien, bravo, prosigue! ¡vaya, adelante, adelante!»

Avancé maquinalmente, hacia el sitio en que yacía el desgraciado, con la ansiedad de saber si lo había muerto ó solamente herido. Pronto llegué allí: estaba extendido, con los ojos cerrados, y bajo su cuerpo un charco de sangre enrojecía la verde yerba. Me incliné: aun respiraba. Le froté las muñecas y las sienes con alcohol. Se reanimó, me miró con angustia y me pidió de beber en francés; pero en el momento que iba á aproximar una cantimplora á sus labios, la misma voz de antes exclamó: «¡Adelante, adelante, esto no es incumbencia tuya!»

Me puse en marcha. Pronto el oficial que dirigía el reconocimiento nos mandó retroceder. Entonces, al regresar, me arreglé de manera de rezagarme un poco y volver á encontrar al herido.

Se había desvanecido otra vez; la mancha de sangre del suelo se había ensanchado. Le hice recobrar el conocimiento. Me reconoció, y murmuró: — ¡Es usted! ¡Cuán bueno es... ¡Ah! ¡cuánto sufro!... ¡Voy á morir aquí!

— Oh, no, le dije. Veamos, si yo pudiera... trate usted de ayudarme un poco.

Me lo cargué en hombros y lo llevé á una ambulancia que había visto cerca de allí. Lo tendieron en una camilla y le hicieron la primera cura. A pesar de su debilidad, quiso apretarme la mano, y entre interminables estertores que me destrozaba el alma, dijo pensosamente:

— Su generosidad me ha salvado tal vez la vida... ¡Cuán reconocido le estoy!... Si alguna vez va usted á Baviera, Federico Welmar, en Auspach.

Cayó extenuado. Entonces le recomendé al cuidado de los enfermeros, y me marché.

Creo inútil decir que este sentimiento humanitario, muy vivo siempre en mí, no me impidió nunca cumplir mis deberes de soldado y de patriota. He malparado á otros muchos alemanes, pero Welmar me inspiró una piedad más acentuada, sin duda porque fué mi primera víctima.

No le volví á ver durante toda la campaña, pues la casualidad hizo que los combates en que tomé parte se libraran siempre lejos del sitio en que pasó esta escena; pero pensaba sin cesar en ella con inquietud creciente, hasta con una especie de remordimiento, si habría sucumbido á consecuencia del terrible balazo que le envió. Una vez terminada la guerra, la necesidad de saber su paradero me empujaba y me hostigaba hasta el punto de convertirse en verdadera obsesión.

En realidad, me había indicado el país en que vivía. ¿Por qué, pues, no

iba á verle? pronto me decidí y en Agosto de 1871 determiné pasar en Baviera mis días de verano.

En el mismo día de mi llegada á Auspach, me informé del domicilio de Federico Welmar y supe que vivía. Esto fué un gran consuelo para mí. Corrí á llamar á su casa. Una criada me abrió y me hizo entrar en la sala. Le entregué mi tarjeta, añadiendo debajo del nombre: «El francés del 28 de Agosto de 1870.»

La criada entró en otra habitación y oyó que exclamaban: «¿Eh? ¡Oh! ¡Qué sorpresa!... ¡Hágalo pasar enseguida!» Entré en aquella habitación y ví en un ancho sillón, sobre blandas almohadas, un hombre pálido, demacrado, que al verme se levantó, lanzó un grito y volvió á caer en el sillón.

Entonces me tendió los brazos con gesto cariñoso: «¡Usted! ¡oh! ¡cuán dichoso soy!» Después, sin darme tiempo para abrir la boca, añadió: «Dispénsame que permanezca sentado, pero aquella endemoniada bala permanece aún en mis riñones y la muy pícaro me mata violentamente. ¡Pronto, Catalina, avise usted á la señora y á la señorita! ¡dígalas que está aquí el francés! ¡sabe usted? mi salvador!»

La criada corrió é inmediatamente estuve rodeado por toda la familia.

¿Cómo pintar la cordial acogida de personas que no me conocían más que de oídas? «¡Oh! ¡caballero! exclamaban; ¡gracias á su corazón tan humanitario y generoso, nos lo ha conservado y le debe la vida!»

¡Me debía la vida! ¡é! ¡Pero qué vida! ¡Ah! ¡si hubiesen sabido que aquella mortífera bala que tanto lo martirizaba procedía de mi fusil; que yo era el autor de sus sufrimientos y de su pena!

Cuando supieron que tenía dos meses de vacaciones, exclamaron: «Los pasará usted con nosotros.» Traté de evitarlo pero insistieron con tantas súplicas, que acabé por ceder.

Inmediatamente enviaron á buscar mi equipaje á la estación y me instalaron en un cuarto encima del de Welmar.

Desde el primer día me fijé en la encantadora gracia de Luisa, la hermana de Federico, linda rubia de diez y ocho años, sonriente y amable, y me dormí pensando en ella; pero fui

súbitamente despertado por prolongado grito de dolor. Durante toda la noche llegaron á mi oído gemidos sordos, cortados por quejas— ¡Oh, cuánto sufrí! ¡esto es atroz! ¡Ah, maldita bala! ¡qué suplicio!

Lo mismo pasó en las noches siguientes, lo que me atormentaba de manera indecible, y no cesaba de pensar: — Si, yo soy la causa de esta desgracia!

Por la mañana, Welmar me pedía perdón por turbar mi sueño. ¡Ah, pobre, no sospechaba que yo sufría tanto como él y que sus lamentos me llegaban al alma!

Mientras tanto, mis huéspedes no sabían qué inventar para distraerme, y el agradecimiento que me demostraban perturbaba mi conciencia y me abrumaba como un castigo.

Por las tardes me paseaba con aquellas señoras por el campo y por la orilla del río. Luisa iba á mi lado, amable y sonriente. Estaba yo muy á gusto cerca de ella, y ella parecía alegrarse con mi presencia. Regresábamos á casa para tratar de consolar al enfermo, quien me recibía amistosamente.

Pronto se me hizo irresistible presencia el martirio de Federico y oírme llamar continuamente el «salvador» de aquel á quien había estropeado para toda la vida. Debía permanecer allí dos meses, pero al cabo de diez días anuncié que mis asuntos me obligaban á marchar inmediatamente á París.

Hubo una verdadera desolación en casa de Welmar. Me suplicaron que volviera lo más pronto posible; Federico hizo acercar su sillón al balcón para verme marchar, y en el andén de la estación, Luisa, que me había acompañado junto con su madre, miraba tristemente como se alejaba el tren que me llevaba lejos de ella tal vez para siempre.

Durante mucho tiempo me pareció oír la incesante queja del herido. Seis meses después de mi regreso á Francia, recibí una carta, en la que me anunciaban que había muerto.

Siempre lamenté aquel viaje, no sólo porque fui testigo de los padecimientos de aquél que recibió mi primer balazo, sino porque temo además haber hecho de su hermana una segunda é inocente víctima.

ENRIQUE MALIN.

LA BRIGADA DE BOMBEROS

Próxima reorganización

Hasta nosotros llega la noticia de que el Alcalde, D. Luis de Aguirre, piensa acometer en breve plazo la reorganización de la brigada municipal de zapadores bomberos.

Aplaudimos con entusiasmo la determinación de nuestro simpático y popular alcalde. La mejora del servicio de incendios— hoy por desgracia deficientísimo— es de urgente, de imprescindible necesidad y empeño de todos los cartageneros, debe ser, el montarlo á la altura que la ciudad y el progreso exigen.

Las cuatro é inútiles bombas bon que contamos, las mangas inservibles que tenemos, precisa que desaparezcan. Preferible es tener una bomba y una manga en buen uso, y que cuando llegue la ocasión, cumpla su cometido, á contar con cuatro bombas y varias mangas, todas inútiles.

Claro es, que el material actual no va á cambiarse inmediatamente; pero puede irse reformando, colocándolo en condiciones de utilidad, hasta que sea posible sustituirlo.

Con el detenimiento que el asunto merece, prometemos ocuparnos de esta próxima y necesaria reorganización, que tanta falta nos hace, y que por lo mismo, creemos no debe demorarse.

Por hoy nos limitamos á aplaudir una vez más, al Sr. Aguirre.

MARINA DE GUERRA

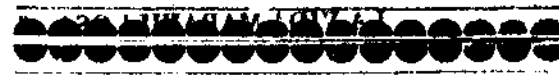
El «Carlos V»

Mañana zarpará de nuestro Arsenal, el crucero «Carlos V».

Se dirigirá á Málaga, en cuyo puerto recogerá á bordo, unas piezas de artillería, continuando su viaje á Cádiz.

Allí no será extraño, que sustituya al «Pelayo» y marche á Rabat, á conducir á España la embajada del señor Llavería.

El «Pelayo» que necesita reparar sus máquinas y calderas, vendrá á este Arsenal, donde verificará dichas reparaciones.



La Visita maravillosa

La noche del ave extraordinaria

En la noche del ave extraordinaria, bastante pronto, se oyeron unos ruidos que parecieron un gran trueno sobre los puentes de Söderförd. Pero en Söderförd nadie se percató del suceso, pues allí todo el pueblo dormía. Durante el día había sopiado un viento fuerte, tanto que las olas de la mar habían perturbado á los buques, y se elevaban tan alto para ser arrastrados como hojas caídas, á impulso de la ríta. El sol se había puesto tras una masa de nubes